

continuo mandó romper el fuego desde los buques y las baterías de Boston. Los americanos prosiguieron su trabajo, y al medio día terminaron una de las obras avanzadas, que se extendía por la pendiente de la colina hasta cerca del agua, de modo que si conseguían armar de cañones el reducto dominarían el puerto, y Boston dejaría de poder sostenerse por más tiempo. El general Gage resolvió desalojarles de una vez, y al efecto dispuso que las tropas desembarcasen enfrente de las obras y atacaran la colina. Tres mil hombres mandados por los generales Howe y Pigot se encargaron de arrojar de aquella posición al enemigo. Pero los americanos, aunque fatigados por el trabajo de la noche anterior, faltos de víveres y sofocados por una ardiente temperatura, sostuvieron valientemente el ataque, demostrando que estaban dispuestos á morir por su libertad é independencia.

Poco ántes de comenzar la acción llegó Stark al sitio de la lucha con dos regimientos de New Hampshire, y tomó posición á la izquierda de las obras avanzadas, al amparo de una especie de parapeto que improvisó precipitadamente.

Las tres de la tarde serían cuando las tropas inglesas se lanzaron al asalto, con la correspondiente artillería para abrirles brecha. Los cañones de los buques y de las baterías de la ciudad protegían la marcha de los que contaban como segura la victoria. Los americanos dejaron que se acercaran á la distancia de treinta ó cuarenta pasos, y rompieron un terrible fuego, procurando no desperdiciar un solo tiro. La mortandad fué espantosa, y las tropas británicas retrocedieron en el mayor desorden. Reanimadas por los supremos esfuerzos de sus oficiales, airados por aquel principio de derrota, avanzaron de nuevo; mas otra vez tuvieron que retroceder, diezmados por el fuego de sus valientes enemigos. El general Gage dió orden entónces, para que se incendiara Charleston, y Clinton avanzó desde Boston para prestar auxilio. Costó mucho trabajo reunir á las amedrentadas tropas y conducir las de nuevo á la colina. Por último, escasos de municiones los americanos y reforzadas las fuerzas y la artillería de los ingleses, estos consiguieron destrozarse la obra avanzada con el fuego incesante de las baterías.

En vista de esto el coronel Prescott dispuso la retirada; pero los americanos siguieron resistiéndose contra los que atacaron el reducto por tres puntos á la vez, muriendo muchos án-

tes que consiguieran apoderarse de la posición.

Miéntas tanto la infantería ligera de los ingleses trataba de posesionarse de la izquierda de la colina para cortar la retirada á los colonos; pero no contaban con que habían de encontrar allí las fuerzas del veterano Stark, que reservaron sus tiros para una ocasión como aquella, y que rompieron el fuego con tal acierto que introdujeron el mayor desorden en sus filas. La lucha fué encarnizada; mas los ingleses no consiguieron hacer retroceder á los americanos, hasta que observando estos que sus compañeros abandonaban la colina, emprendieron la retirada disputando el terreno palmo á palmo, y fueron á atrincherarse nuevamente en Prospect Hill, donde ya dejaron de ser perseguidos por sus enemigos, los cuales quedaron posesionados del reducto, que tan caro les costara, para mengua del pabellón británico.

El triunfo que las tropas inglesas acababan de alcanzar, después de haber sido rechazadas varias veces, contra un enemigo indisciplinado, inferior en número y que sólo contaba por toda defensa con un reducto construido en una noche, era más desastroso y humillante que una verdadera derrota. Sus pérdidas fueron tan considerables como si se hubieran batido con veteranos aguerridos; pues ascendieron á mil cincuenta y cuatro, entre muertos y heridos, miéntas que los americanos sólo tuvieron cuatrocientas cincuenta bajas. Este resultado inspiró confianza á los colonos, é hizo comprender á los ingleses que no debían confiar demasiado en la victoria. «Los americanos acababan de probar que podían medir sus armas con las disciplinadas tropas de Europa, sin cederles en nada la ventaja (1).»

Tan pronto como Washington se encargó del mando del ejército, procuró cerciorarse ante todo de cuáles eran sus fuerzas y su posición; y si bien pudo reconocer que no faltaban elementos para organizar un buen ejército, encontró también que se carecía de armas, municiones y almacenes militares. Los individuos se hallaban animados del mejor espíritu patriótico y dispuestos á seguir á su jefe en las más arriesgadas empresas; pero se hacía notar en todos ellos la falta de subordinación y de disciplina militar. Revelábanse en todos sus actos las tendencias más independientes y democráticas, inherentes al espíritu de libertad que les reuniera en defensa de una causa común, á la par

(1) Irving, *Vida de Washington*, tom. I, pág. 482.

que individual: todas las órdenes eran discutidas, todos los cuerpos pretendían obrar por sí y según su particular conveniencia. Las tropas de los varios Estados sólo querían obedecer á sus generales, los soldados á oficiales, á veces elegidos directamente, y siempre aprobados por ellos, resultando de todo esto envidias y descontentos, y principalmente la falta de la precisa unidad.

Triste y dolorosa duda despiértase en el alma al ver tantas y tan duras pruebas infligidas á la más legítima revolución, tantas y tan peligrosas vicisitudes impuestas á la revolución mejor preparada para un éxito feliz. El hombre por orgullo es ciego en la esperanza, y ciego por debilidad en el desaliento. La más justa, la más afortunada revolución deja entrever el mal moral y material, siempre grande, que toda sociedad humana encierra en su seno. Pero el bien no perece en esta prueba ni en la impura liga á que se ve condenado; aunque imperfecto y confuso, conserva su poder lo mismo que su derecho, predomina, y como en los hombres, prevalece también tarde ó temprano en los acontecimientos, y nunca faltan instrumentos para su victoria.

Conservarán eternamente los Estados Unidos respetuosa y agradecida memoria de los jefes de la revolución que conquistó su independencia y fundó su gobierno. No es posible nombrarlos á todos; porque en el momento en que se empeñó la lucha había en cada colonia, casi en cada condado, algunos hombres apreciados por sus conciudadanos, probados en la defensa de las libertades públicas, autorizados por su riqueza, talento y carácter, fieles á las antiguas virtudes y partidarios de las nuevas doctrinas, sensibles al lustre de la civilización y adictos á la sencillez de las costumbres, de corazón altivo y ánimo modesto, ambiciosos y á la par prudentes en sus patrióticos deseos; hombres raros que esperaron mucho de la humanidad sin presumir demasiado de sí mismos, y arriesgaron por su país mucho más de lo que debían recibir de él después del triunfo. Su jefe era Washington.

La misión de Washington se manifestó desde el principio en su conjunto y en su extensión. Para hacer la guerra era preciso crear un ejército, y faltaba para esta difícil obra hasta el poder creador. El Congreso, mera apariencia, unidad mentirosa, no tenía derecho, no podía, no osaba hacer nada.

Ningún vínculo, ningún poder central había

unido hasta entónces las colonias. Fundadas y administradas cada una separadamente, encargadas de proveer por sí mismas á su seguridad, de atender á las obras públicas y á los negocios grandes y pequeños, habían contraído hábitos de aislamiento y casi de rivalidad, que la recelosa metrópoli tenía buen cuidado de fomentar. Hasta la ambición y deseo de conquistas se introdujeron en sus relaciones como si se tratase de Estados extranjeros: las más poderosas intentaron alguna vez ocupar los establecimientos vecinos, y en sus mayores apuros, que era cuando tenían que defender las fronteras contra los salvajes, seguían demasiado á menudo una política interesada y se abandonaban recíprocamente. ¿Cómo, pues, reunir de golpe elementos tan divergentes y discordantes sin usar de medios violentos? ¿Cómo, dejándoles libres, hacerles obrar de consuno bajo el impulso de un poder único? Las disposiciones individuales eran contrarias como las públicas instituciones, y las pasiones como las leyes. Las colonias desconfiaban unas de otras; todas desconfiaban del Congreso, nuevo y vacilante rival de las asambleas locales, y mucho más aún del ejército, que consideraban igualmente peligroso á la independencia de los Estados y á la libertad de los conciudadanos, en lo cual las nuevas y doctas máximas convenían con los instintos populares. Una de las ideas favoritas del siglo XVIII era el peligro de los ejércitos permanentes y la necesidad, para los países libres, de contrariar y atenuar continuamente su fuerza, su influencia y sus costumbres. En ningún punto se ha adoptado quizá esta máxima más generalmente ni con más ardor que en las colonias americanas. En medio del partido nacional, las personas más exaltadas y más decididas á luchar vigorosamente hasta el fin, eran también los amigos más celosos de la libertad, y miraban con ojos hostiles al ejército y al espíritu y disciplina militar; de modo que se encontraban obstáculos justamente donde se iban á buscar esperanzas y medios.

En la ocasión, pues, á que nos referimos, la obra de la guerra estaba por principiarse, el ejército puede decirse que no existía. La inexperiencia era en esta parte absoluta; reinaba la misma falta de unidad, el propio deseo de independencia individual, igual lucha de intenciones patrióticas y de instintos anárquicos. Era preciso reunir elementos discordantes, retener elementos siempre prontos á disolverse, ilustrar, persuadir, obrar por medio de consideraciones



é influencias, obtener, en suma sin arriesgar su dignidad ni su poder, la adhesión moral, la cooperación libre de los oficiales y hasta de los soldados. Entónces, y sólo entónces, podía Washington obrar como general. Y esta fué la ardua tarea á que se consagró desde el primer momento.

Casi todas las operaciones se habían retardado por falta de ingenieros; y Washington no perdonó medio alguno para arreglarse sin ellos, formando al efecto brigadas de soldados y acostumbrándoles á la obediencia. En vista del descuido en que se encontraba el arma de artillería, hizo que muchos de los más activos se ocuparan asiduamente del manejo de las piezas, en lo cual se había procedido hasta entónces con bastante descuido, y pidió al Congreso que se nombrara un comisario general, de cuyo importante cargo se había prescindido. No perdiendo de vista un sólo instante los deberes que le imponía la misión que tenía el encargo de cumplir, tal fué su actividad, y de tal modo coronó el éxito sus esfuerzos, que al poco tiempo quedó el ejército organizado, en cuanto lo permitían los recursos con que podía contar y los elementos de que se componía, y dispuesto para entrar en servicio. Poco despues llegaron al campamento varias compañías de tiradores que formaban un total de mil cuatrocientos hombres, procedentes de Pensilvania, Maryland y Virginia.

Las fuerzas del ejército americano llegaron á componer entónces un contingente de catorce mil hombres, y fueron situándose en las alturas que hay alrededor de Boston, formando una línea de doce millas de extensión, desde Roxbury hasta el río Mystic.

Las tropas británicas ascendían á unos once mil hombres perfectamente equipados, que ocupaban Bunker's, Breed's Hill y Boston Neck; pero carecían de provisiones, y su jefe no se atrevía á tomar la ofensiva, deseoso de salvar aquella desventajosa situación.

Washington estaba resuelto á no abandonar las posiciones que ocupaban sus tropas, porque, á su juicio, los ingleses se habían de ver obligados á arriesgar una batalla ó á evacuar la ciudad.

Miéntas tanto el Congreso se esforzaba en tomar las disposiciones más convenientes, y al efecto votó una emisión de tres millones de duros en letras de crédito para pagar al ejército, acordó redactar una *Declaración* manifestando las causas, y la necesidad que obligaba á las co-

lonias á apelar á las armas, elevar una petición al monarca intentando por última vez una reconciliación, publicar un manifiesto dirigido á los habitantes de la Gran Bretaña suplicándoles que no sancionasen la política tiránica del gabinete inglés, y rechazando los cargos que éste les imputaba, y dirigir otro manifiesto al pueblo de Irlanda y una carta á la Asamblea de Jamaica, cuyos documentos bastaran por sí solos para convencer de que los colonos lo mismo sabían usar la pluma que el acero.

Al propio tiempo, comprendiendo que era de gran importancia poder contar con el auxilio, ó por lo ménos la neutralidad de los indios, procedió al nombramiento de tres juntas que entendiesen en este asunto, y para asegurar el éxito de sus gestiones, acordó celebrar una conferencia con los delegados de las Seis Naciones, que debían reunirse en Filadelfia, para lo cual preparóse una estudiada y halagadora alocución. Mas por desgracia las Seis Naciones profesaban íntima amistad á la familia del coronel Guy Johnson, intendente general del rey, y ofrecieron su apoyo al general Carleton en Montreal, lo cual, según Holmes, fué origen de la guerra india.

A fin de establecer la conveniente comunicación, se organizó una línea de postas que debía recorrer los Estados- Unidos, y nombróse á Benjamin Franklin director general, con amplias facultades para introducir cuantos empleados creyese necesarios para la conducción de la correspondencia desde Falmouth, en Nueva-Inglaterra, hasta Savannah, en Georgia.

Esta última provincia se mostró parte en la contienda á principios de julio, y habiendo elegido diputados para que la representaran en el Congreso, la confederación adoptó luégo el título de LAS TRECE PROVINCIAS UNIDAS.

Miéntas tanto lord North propuso un plan de reconciliación; mas habiendo sido discutido en Congreso, y examinado detenidamente fué desechado por unanimidad.

La situación de Washington no era de las más envidiables: á pesar de la legitimidad de la causa, había de tropezar con obstáculos y peligros que surgían diariamente. Los motivos de la insurrección eran puros, y en nombre de los derechos que había que mantener y del honor que era preciso salvar, el primer movimiento fué general; pero en las grandes empresas, la obra es difícil, el resultado lento, y la generalidad de los hombres experimenta pronto el cansancio ó la impaciencia. Cada día y á cada paso

se necesitaban nuevos esfuerzos, nuevos sacrificios. El desaliento, la tibieza, la inercia, el deseo de sustraerse de las cargas, de las fatigas, fueron pronto el mal esencial, el peligro apremiante con que debían luchar incesantemente los jefes. En estos y en las primeras clases continuaban el entusiasmo y la adhesión, así como en otras partes, en ocasiones análogas, ha procedido del pueblo el impulso de la perseverancia y del sacrificio. En América, las clases independientes é instruidas tuvieron que sostener y reanimar al pueblo en la lucha empeñada en nombre del país. En el orden civil, los magistrados, los ricos cultivadores, los grandes comerciantes se mostraron constantemente decididos y firmes; en el ejército, los oficiales daban el ejemplo, y el consejo y la población, lejos de impulsarlos, los seguían de mala gana. Washington escribía con tales motivos á Bryan Fairfax: «Creo, ó á lo ménos espero, que aún habrá entre nosotros bastante virtud política para privarnos de todo, excepto del necesario sustento, á fin de llevar á cabo nuestra empresa (1).» Sublime esperanza, que merecía ser recompensada, como lo fué, por el triunfo; pero que no podía elevar á la necesaria altura á la población sin cuyo apoyo era imposible lograr el fin apetecido.

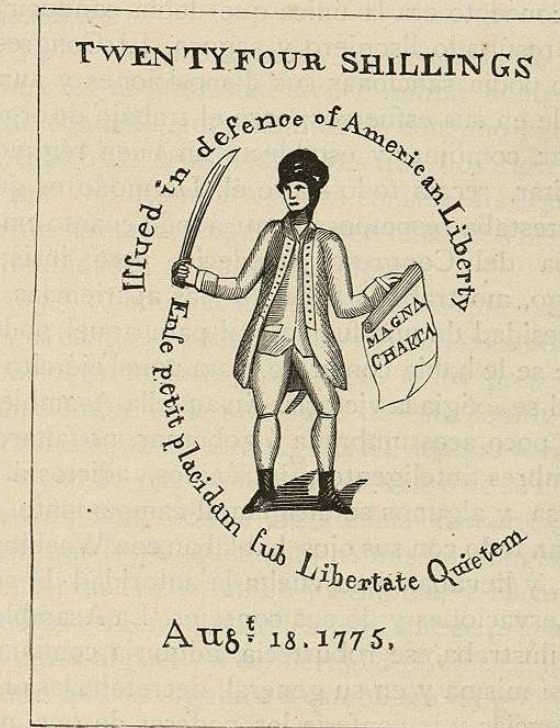
En tales circunstancias, Washington veíase obligado á acudir al Congreso; pero éste, privado de fuerza para hacer ejecutar sus órdenes, y hasta de derecho para decretar nada sobre impuestos, reducido á indicar las necesidades y á pedir á los trece Estados confederados que las remediasen, sólo podía dirigir nuevas exhortaciones y encargar á nuestro héroe que consiguiese de los gobiernos locales los alistamientos de tropa, el dinero, los víveres, todo, en suma, cuanto requería la guerra.

Washington aceptó esta difícil misión; pero no tardó en tropezar con nuevos obstáculos y peligros, á causa de la absoluta descentralización de las colonias. De modo, que no sólo vióse obligado á pedir sin cesar, desde su campamento, sino á sugerir providencias, á indicar al Congreso lo que era menester hacer para llenar su cometido, á fin de que éste y el ejército no fuesen un vano nombre.

Sus cartas eran leídas en sesión, y se discutía sobre ellas. Discusiones llenas de inexperiencia, de timidez, de desconfianza, terminando todo por prometer y remitir la ejecución á los

gobiernos locales, inducidos del temor que les causaba el poder militar.

Muchos de los miembros del Congreso no estaban conformes con que la autoridad militar residiese en un solo individuo, y no pocos temían que el ejercicio del poder pudiese tentar, aún al gran héroe é ilustre patriota, á cometer algún abuso. Un ejército permanente era para los más un espectro terrible, y no sin gran dificultad consiguió Washington convencer á muchos de que la causa era desesperada, miéntas no se pudiera contar con fuerzas suficientes para servir todo el tiempo que durase la guerra.



Papel moneda americano

«El error de alistar hombres sólo por un año,—observa un notable historiador (2),—fué debido al carácter del gobierno, á la opinión y las preocupaciones que predominaban en el Congreso, y á las equivocadas ideas de muchos de sus miembros, según los cuales, aunque se había desenvainado la espada, no debía perderse la esperanza de llevar á cabo un arreglo con el ministerio inglés, del cual podría obtenerse una justa reparación, restableciéndose así las buenas relaciones entre las colonias y la madre patria, bajo una base constitucional. Washington, sin embargo, no pensó así desde un principio, ni opinó que fuera posible un arreglo, sobre todo en vista de las medidas adoptadas despues de la acción de Bunker's Hill. En la época á que nos referimos no se procedió de la

(1) Writings, tomo II, pág. 395.

(2) Curtis, *Historia de la Constitución*, tomo I, pág. 61.